

Ninguna noticia ha llegado hasta nosotros acerca de la manera cómo se estableció la soberanía sajona en la margen septentrional del Támesis, en la Sajonia oriental (Essex) y en los alrededores de Lóndres, ni sabemos cómo nacieron las colonias de los anglios, que se dividían en pueblo del Norte y pueblo del Sur (Norfolk, Suffolk), en la península Estanglia, que tomó de ellos su nombre. Ninguna luz pueden proporcionarnos los nombres del rey de Estanglia Guillermo Wechta, supuesto descendiente de Vodan, ni de su hijo Uffa, de quien descienden los posteriores reyes llamados Uffingos.

Igual oscuridad reina respecto de Gyrwas, en los pantanos de Washbusen, y del origen de los colonos de Lindess, en las inmediaciones del antiguo Lindum (Lincoln). Sin embargo, parece cierto que por estas costas pasaron los invasores anglios que en el trascurso de los siglos fueron empujando a los britanos hacia el interior, y allí establecieron los reinos de la Mercia septentrional y meridional, separados por el río Frent, la Anglia central con Stafford, y el Hwycas desde Gloucester a Worcester, desde donde echaron a los megesetas hasta más allá del Severn, cerca de Hereford. La historia posterior nos muestra todos estos territorios, en parte regidos por príncipes vasallos, reunidos bajo la soberanía del rey de Mercia, que se supone también descendiente de Nodan, y cuya historia creíble empieza con Eamer (ó Cridda) y su hijo Wibba, que reinó desde 593.

Algunas relaciones indican que los establecimientos germánicos al Norte de Humber, que después se dividieron en dos reinos, el de Deira, hasta el Tyne, y el de Bernicia ó Bernicia, hasta el Firth of Forth, pudieron ser más antiguos que el de Kent, y quizás también en los primeros tiempos los sajones orientales entraron en las tierras de los britanos como aliados de los pictos y de los escotos. Es posible que varios sucesos de este género ocurrieran hacia el tiempo en que Hengist tomó posesión de Kent y un hijo ó nieto suyo llamado Ohta, dominó por un corto tiempo en el territorio antes de que definitivamente se erigiera Kent en reino; pero no sabemos ni cómo ni cuándo tales establecimientos y soberanías se fundieron completamente en un gran Estado con rey a la cabeza. Comenzamos a entrar en terreno más seguro con Ida, a quien los príncipes de los anglios del Northumberland en 547 reconocieron como superior y proclamaron rey. A Ida sucedieron sus hijos Adda, Ethelrico, Deodrico y Friodwaldo, de los cuales el último fué muerto combatiendo victoriosamente a cuatro reyes celtas. Friodwaldo, sin embargo, debió de reinar cuando penetró en Kent el cristianismo, a fines del siglo vi. Su sucesor Husa fué probablemente también hijo de Ida. A Husa sucedió un nieto del mismo Ida, hijo de Ethelrico, que tenía por nombre Ethelfrido Flesaur y que estaba llamado a más altos destinos. De él dice Beda: «Ninguno de los caudillos ó régulos ha abierto a la colonización ó conquistado por tratados ó por la fuerza más tierras de los britanos en favor de los anglios.» Aidan, rey de los escotos, que quiso detener los progresos de Ethelfrido, sufrió en 603 en Degsartein (probablemente cerca de Carlisle) una gran derrota que tuvo por maravilloso efecto el poner término a las incursiones de los escotos hacia el Sur, incursiones que habían durado varios siglos. En los años siguientes, Ethelfrido sometió también a Deira, que en otro tiempo bajo el cetro de Ida se había aliado con Bernicia, pero que después con los reyes Uffi y Aella, también de la estirpe de Vodan, (en 560) se había declarado de nuevo independiente. El hijo de Aella, Edwin, anduvo largo tiempo errante, sin hogar, hasta que encontró acogida entre los anglios. Después Ethelfrido siguió sus conquistas, y la Mercia, ó a lo menos la parte septentrional de este país, reconoció su soberanía y le puso en situación de llevar sus armas contra

los britanos del país de Gales. Estos, para defenderse, se reunieron cerca de Chester, y con el mismo objeto salió del convento de Bangor una hueste numerosa de monjes, que algo separados del campo de batalla elevaron al cielo sus ruegos implorando la victoria. Cuando los vió Ethelfrido, dirigió primero el ataque contra aquella gente inerme diciendo: «Aunque no traen armas, no por eso dejan de hostilizarlos, pues que invocan a su Dios contra nosotros.» Solo cincuenta monjes se salvaron de la matanza; los demás, hasta mil doscientos, fueron muertos en el campo. Ethelfrido como poderoso guerrero ocupó todo el Norte de lo que hoy forma el territorio de Inglaterra, teniéndolo mediata ó inmediatamente bajo su mando, mientras Ethelberto de Kent, por su victoria sobre Ceawlin del Wessex llegaba a ocupar una posición análoga en el Sudeste. Seguía la idea de Bretwalda, del cual se hablará más adelante, y con arreglo a ella ambos guerreros trataban más de establecer su superioridad por medio de las armas que de fundar un Estado permanente con reglas fijas.

En los primeros decenios del siglo vii se presentan también muchos establecimientos pequeños y soberanías igualmente pequeñas de germanos que se fijaron en territorio inglés y de las cuales salieron dos grandes reinos, el uno compuesto de elementos más sajones y jutos que anglios, y el otro donde dominaba más el carácter y el elemento anglo. Pero esto duró poco, y con la misma facilidad que se habían unido las diversas tribus, se separaron luego, y por resultado de las eternas luchas de sus caudillos se hicieron nuevas combinaciones en las cuales ya ocupó un lugar el elemento británico.

Los britanos habían sido relegados a un estrecho espacio, en general, de las costas del Oeste, y se habían diseminado en muchos pequeños señoríos. Por largo tiempo tuvo entre estos la superioridad el reino de Damnonia, en la península del Sudoeste, patria de Arturo, hasta que este reino quedó limitado al Devonshire por la destrucción de las tribus del Este por los sajones occidentales y por la caída de Cornwall. En el país de Gales, al lado de los grandes principados de Demetia al Sur, Powis en el centro y Gwined al Norte, se formaron también otros más pequeños, cuya unión sufrió diversas vicisitudes. Como de este modo se interrumpió la unión geográfica de los britanos del Cornwall con los de Gales, los sajones occidentales y hwyceas se establecieron junto al bajo Severn; los de Gales ya no estuvieron unidos con los britanos en Lancaster, Westmoreland y Cumberland y los anglios de la región central se adelantaron desde Mercia hasta la embocadura del Mersey. Los britanos de la región cúbbrica se vieron entonces en el mayor apuro en poder de los escotos, cuyo rey mandaba en aquel territorio, y luego la derrota decisiva de los escotos en Degsastein fué sin duda causa de que muchos territorios cúbbricos pasaran a formar parte del reino de Ethelfrido. Véase, pues, cuán estrechos eran los límites dentro de los cuales pudieron mantenerse libres las poblaciones celtas de la Britania propiamente dicha.

#### CAPITULO IV

##### COMIENZOS DEL CRISTIANISMO ENTRE LOS ANGLIOS Y LOS SAJONES DE LA BRITANIA

Al triunfo definitivo del elemento anglo-sajón siguió inmediatamente una devastación general: las murallas de las ciudades fueron destruidas, y perecieron víctimas de la cuchilla ó del incendio, encontrando su tumba en las ruinas de las casas, los que no eran despedazados y devorados por las aves y las fieras. En las comarcas abiertas los acontecimientos

no ofrecieron mejor aspecto. Los fugitivos eran asesinados en masa, otros se entregaban voluntariamente como esclavos y algunos ó continuaban la lucha en pequeña escala desde sus guaridas de las selvas y en los peñascos de las costas, ó buscaban seguro asilo allende los mares. Tales son algunos detalles que menciona Gildas al describir el estado de cosas del siglo v, detalles que por regla general deben ser exactos, especialmente en lo que se refiere a las comarcas del Este y del Sur de Britania, que ya habían sido devastadas en anteriores irrupciones y que cambiaron casi por completo de población. Pero, como afirman Gildas y Beda, no todos los antiguos habitantes de los territorios saqueados y en definitiva poseídos por los germanos, fueron asesinados ó arrojados de sus hogares, pues por lo menos en lo que toca al Northumberland y a Wessex tenemos datos posteriores que demuestran la presencia en ellos de una población celta durante la dominación de los alemanes. Estos restos de la antigua población se conservaron seguramente en las ciudades que no fueron destruidas: Cantorbery, Lóndres, Lincoln, York y otras, sobrevivieron a aquella invasión, y los azares de la guerra obligaron a menudo a los conquistadores a utilizar las fortificaciones romanas que se habían conservado, y que tomaron el nombre de Chester, de *castrum* Ceaster, y a refugiarse en las antiguas villas británicas, que por su naturaleza eran fuertes y estaban situadas en las alturas, y a las cuales designaban con su antiguo nombre añadiéndole la terminación *bury* ó *borough*, que significaba villa. Desde el momento en que en aquellos países quedaron restos, aun cuando muy oprimidos y no muy numerosos de la población primitiva, el cristianismo no fué destruido por la conquista pagana, que respetó algunos templos, como el de San Martín de Cantorbery.

Pero no por esto puede decirse que los escasos restos del cristianismo ejerciesen influencia en los vencedores paganos: la diferencia de religión ahondó el antagonismo nacional que entre celtas y germanos existía, de suerte que Arturo, según la leyenda, no fué solamente el caudillo de su pueblo, sino también el adalid de Cristo y de la Santísima Virgen, cuya imagen llevaba en su escapulario. Parece como si los britanos no se cuidaran de echar la simiente del Evangelio entre sus enemigos para no perder la inmensa ventaja de ser los únicos que tuvieran de su parte al verdadero Dios. En un principio el furor de la encendida lucha excluía toda idea de una misión, que no se intentó tampoco después cuando los britanos cristianos se aliaron para determinados objetos con los paganos, anglos y sajones, ó prestaron temporalmente obediencia a los mismos reyes que estos. Una de las principales censuras que a los britanos dirigían los romanos era la de que no hacían nada para convertir a los germanos que a su lado vivían, y es preciso reconocer que esta censura era justa.

Por otro conducto hubiera podido también introducirse el cristianismo entre los germanos. El tráfico mercantil, con las costas de Francia principalmente, no había cesado a pesar de todos los trastornos sufridos por la isla, y razones poderosas hay para creer que los sajones, que según testimonio del rey franco Dagoberto llevaron, en 629, a Ruan y a Quentawich vino, miel y materias colorantes, fueron sajones ingleses, que no era la vez primera que visitaban aquellos territorios. Prisioneros de guerra de Deira fueron llevados, en el siglo vi, al mercado de esclavos de Roma, adquiriendo con ellos en las costas francesas los productos del Sur, de que tan necesitada estaba la isla. Existían asimismo relaciones políticas, además de estas mercantiles. El rey Theudeberto I de Austria, (534-548), el mismo que, en rivalidad con el imperio bizantino, extendió su soberanía hasta más allá del Da-

nubio, pretendió la supremacía sobre los alemanes de Britania, probablemente porque se creía descendiente legítimo del emperador de Occidente. Nada se dice acerca de que tales pretensiones se vieran realizadas, pero no se podrá negar que con ellas se hubiera favorecido al cristianismo, especialmente a la forma católica, a la cual Theudeberto se gloriaba de servir también con la política por él seguida en el Danubio.

Estas tendencias catolizadoras se repitieron en otra forma a fines del mismo siglo. Ethelberto de Kent obtuvo la mano de la princesa merovingia Berta, hija del rey Cariberto de Paris, pero con la condición de que Berta podría llevar a su nueva patria a un obispo llamado Luithardo y de que le sería dado vivir conforme a sus creencias. De modo que el cristianismo no era completamente desconocido de los alemanes británicos ni por ellos profesado cuando el papa Gregorio I el Magno se propuso conquistarlos para el cristianismo romano.

Sobre este particular, se refería posteriormente en Inglaterra la siguiente historieta. Cuando Gregorio no era todavía papa, vió en el mercado a una porción de jóvenes de pálido color y de hermosa cabellera, que estaban allí para ser vendidos y que le dijeron ser paganos y procedentes de la isla Britania. Entonces lamentó que criaturas tan hermosas adorasen al rey de las tinieblas y les preguntó cómo se llamaba su pueblo; anglios, le contestaron, y al oír esto exclamó: «Está perfectamente, pues de ángeles tenéis el semblante y coherederos de los ángeles debéis ser en el cielo. ¿Cómo se llama la provincia de la cual os han arrojado?» Deira, le dijeron. «Está bien, de la ira de Dios (*de ira*); debéis ser salvados y llamados a la misericordia de Cristo. ¿Cuál es el nombre del rey de vuestro país?» Aella, repusieron. «Aleluya, la alabanza de Dios debe cantarse allí.» En persona quería trasladarse, si era preciso, a aquellos territorios, pero los sucesos de Roma no le permitieron alejarse. Al ser nombrado papa, envió a ellos a un monje llamado Agustín, con cuarenta compañeros más, para que predicaran la palabra divina entre los anglios.

Esto acontecía en el año 596. Hasta qué punto influyó en la resolución de Gregorio una instigación del reino de los francos, que se explica perfectamente por los acontecimientos allí acaecidos, no se sabe a punto fijo; en las narraciones que conocemos, todo se hace derivar inmediatamente de la iniciativa del papa. Los emisarios de este, al meditar lo que durante el camino habían oído acerca de los anglios y al considerar las dificultades que llevaba consigo una misión en un pueblo bárbaro, cuyo idioma les era completamente desconocido, se sintieron sobrecogidos de tal temor que se detuvieron en su marcha y delegaron a Agustín para que suplicara al papa les relevara de su cometido. Gregorio no les hizo caso alguno, antes por el contrario renovó en 23 de julio de 596 su mandato, enviando a los misioneros cartas de recomendación para el arzobispo de Arlés. Por mediación de este, seguramente, fueron acompañados por intérpretes franceses y de esta suerte se dirigieron a Kent, donde podían contar con una amistosa y cordial acogida, ya por las relaciones mercantiles que aquel país sostenía con Francia, ya porque el rey Ethelberto tenía por esposa a una cristiana. La isla de Thanet, desde la cual se habían precipitado los germanos en Britania, fué también la puerta por donde penetró el cristianismo romano.

Entrar en negociaciones en un espacio cubierto con los emisarios del nuevo Dios, parecía peligroso al rey Ethelberto, pues temía que la fuerza de sus atractivos fuese demasiado eficaz en un recinto reducido; pero, en cambio, en una entrevista al aire libre les prometió que serían acogidos